

ESCUELITA RURAL NUMERO 10

Si algo de lo que se dice pudiera alguna vez decir lo que se quiere decir, yo le haría un pequeño pedido a esta nota: que dijera mi gratitud.

Quiero aclarar. No se trata de esa gratitud aprendida, que quien más quien menos se siente en la obligación de entonar cada vez que se habla de lo que hablaré. La misma que uno tuvo que sacar a relucir ya en la primera "Composición — Yo quiero a mi escuela", que a fuerza de uso se fue haciendo protocolar, amañada y empalagosa. ¡Cuántas veces he oído bendecir un pellizcón de maestra o alabar la obligación de encerrarse entre cuatro paredes aún al precio de una hermosa fiestita a cielo abierto!

La que yo busco dar aquí es otra gratitud. Una gratitud que no absuelva a nadie ni a nada. No tiene por qué cambiar de su viejo sitio los malos recuerdos. Ni por qué extender una indulgencia plenaria para cuanto ocurrió, por el hecho de conjugarse ya en pretérito indefinido. No sería humana esta gratitud, ni serviría para nada —como no fuera para pretender lucir un evangelismo del que ando muy lejos— si quisiera ocultar el agrio sabor de alguna penitencia por justa que fuese; o el otro amargo de más de un muy oportuno billetito que llevé a los viejos para que se enteraran de mis propias pellejerías. O esta marca de "las orejas como para hacer almácigo" y "las uñas de luto cerrado" puesta en presencia de los compañeros (¡y las compañeras!) de clase. O aquel casi miedo que desde sus respectivas paredes esparcían las viejas efigies parduzcas y serias hasta la amenaza de Artigas y Varela. O la tristeza de aquellos con-

trastes entre el pie calzado y la "pata en el suelo", la almidonada túnica propia y la casi transparente tunicuita prestada, el fiambre de milanesa y pan y el de boniato cocido, la pantorrilla temblona y la canillita fina, la mejilla rozagante y el pómulo huesudo, la mirada feliz y los ojitos tristes...

Puesto todo eso en su lugar, voy ahora derecho a lo que quiero. Declaro que —ya limpio el camino de aquellos estorbos— comienzo a valorar la verdadera necesidad de esa tarea previa. Me siento liviano, ahora; como para agarrar el tema por mi cuenta y luchar tranquilamente hasta el final por el sencillo pedido que le hice a esta nota en un principio.

Y lo primero tiene que ser lo primero. Lo primero que debo agradecer sincera, ancha, gozosamente, es haber sido niño en aquel lugar arisco y triste (triste hasta llorar; yo vi gente llorar de tristeza, allí), pero lindo como nada de mi Treinta y Tres. Niño, para que aquel mundo se hiciera para siempre en mí; me proporcionara el privilegio de haberlo rescatado para aquí, para ahora. Pues tengo que decirlo para no traicionarme, yo sigo sintiéndome piedra de aquella cantera; habida cuenta, naturalmente, del pulimento que toda piedra recibe del rodar, del tiempo y en algunos casos— éste, por ejemplo— de ciertos tratamientos particulares.

Eso —piedra recién arrancada, con un aseado pero breve lustrecito casero recibido de mis padres— era yo a los ocho años, cuando me agarró Ramona Fernández (Gita), mi primera maestra. Prima hermana, diez años mayor que yo, más seria que jovial, más maestra que prima; pero así y todo, me enamoré no más de ella. ¡Y qué amor el de mis ocho años! No podía ni oírla nombrar (¡y cómo lo nombraba!) a Víctor Prigue, entonces novio, hoy esposo suyo. ¡Las veces que anduve con ganas de ahogar en el fondo del Yermal Chico dos o tres re-

tratitos suyos que andaban por allí, provocando a la gente! Cuando mi maestra recibía carta del otro, yo hasta le copiaba mal las lecciones de puro despecho. Vivía desasosegado, con aquel amor inconfesable.

Gita vivía con los padres —tío Reginaldo y tía China— su hermana Jovelina, el viejo Yuca Brun, el perro Cacique, la gata Rubita y el gato Batelle, en un ranchito (para mi de ensueño, para ella de pesadilla), a poco más de media legua de casa y poco menos de una cuadra del Yermal Chico, en el campo de mi padre. Concurríamos a clase con mi hermana Chicha, enancados en el doradillo viejo. Salíamos de mañanita y regresábamos al atardecer, pues era escuela con almuerzo y café de la tarde. Tanto de ida como de vuelta, el camino de veinte y pocas cuadras nos llevaba alrededor de una hora, menos preocupados en llegar que en mirar salamancas, corretear lagartos, buscar nidos de terutereros, jugar en el arroyo y (yo) juntar flores de margaritas y bibíes para mi... queridísima prima-maestra...

Tiene treinta y dos años, esta imagen. Pero ¡qué nueva, qué iluminada la veo! Aquí los dos "cuerpos" del ranchito, como boyando sobre la blancura del patio, sujetos a los dos eucaliptos que le hacían guardia. Más allá el jardín, siempre coloreando; al fondo la quinta de verduras; hacia el este, respaldada por enormes cerros, la mancha larga y fina del arroyo, rojiza de mimbrales, verde-oscura de coronillas, amarillenta de bañados pantanosos. Después campo, cielo y silencio. Campo manchado de arbolitos solitarios y ganados dispersos; cielo apenas manchado por el humo vertical de la cocina y el de las quemazones lejanas; silencio sin más manchas que algún melancólico guión de zorzales o los puntitos apenas perceptibles de un distante grito de teros o de tucu-tucos, allá sobre el ocaso. Aquí está mi tía, en su trajín de dueña de casa, ayudada por la hija menor; allá el viejo Yuca picando leña o acarreando agua, y aquí en la sala, inclinados sobre la mesa, "¿Quieres leer?" por delante, nosotros tres "dele y dele". Muy de vez en cuando llegaba mi tío, entonces sub-comisario, siempre en yunta con

aquel milico inolvidable que fue Alfredo Olivera, a hacer pedazos de aquella dulce monotonía con sus cuentos bárbaros, sus sabrosos dicharachos, sus verseadas históricas y sus interminables citas de cuanto libro pasó y no pasó por sus manos. Con esta imagen de los ojos hacia acá, llegué un año más tarde a la escuela rural número diez.

Mi segunda maestra fue María Esther Correa (Uva), quien entonces había caído por aquellos pagos en compañía de Sara, su madre espiritual, buena y sencilla; una negra llamada Ramona, grande como un rancho y comilona como pocas vi, y Mirtha Maldonado (Chola), entonces una "pirriaquita" que cantaba la maxixa "La Chicharra", bailaba el Charleston, confundía ovejas con chanchos, decía en clase que "el horizonte es un bicho muy feo", jugaba al ludo conmigo y se hacía perdonar sus "montevideanadas" y querer por cuanto viviente la tratase.

Llegaba pues, mi tiempo de escolar "con todas las barbas". A primer "golpe de pensamiento" lo deseaba; quería uniformarme, hacer fila, marcar el paso, recorrer solo aquel camino que había andado unas pocas veces con mi padre y que después habría de conocer piedra a carqueja, jeme a jeme. Que deseaba aquel tiempo "a primer golpe de pensamiento", dije. Y dije, porque a "segundo golpe", me bañaba una desoladora tristeza por la pérdida de lo otro: el camino al rancho de mis tíos... mi hermana, el doradillo y yo... las salamancas, los lagartos y las flores silvestres... mi querida prima-maestra... todo, todo cuanto trajeron y se llevaron aquellos días demorados y mansos, extendidos de horizonte a horizonte...

Hasta que vino aquella mañana del otoño de 1929. Se entraba a clase más o menos a las nueve. A las siete yo ya había ensillado y desayunado. Cuarto de hora después, con el cartapacio (lleno de útiles y un cuarto metro de chorizo asado) a media espalda; túnica impecable,

polonesas negras, boina roja, cuatro o cinco besos y veinte o treinta recomendaciones de mi madre, monté mi colorado clinudo y salí tragando aire y enhebrando presentimientos. El sol bañaba el paisaje, casi sin tocarlo. Los campos se iban poblando de voces mañaneras. Mientras avanzaba, yo me sentía recibir por el saludo optimista y alegre de cuanto existía. Todo parecía entonar un himno de triunfo en mi homenaje. Todo hasta allí, hasta el caminito a lo de mi primera maestra, que se separaba por adentro del campo: hasta las chilcas me parecieron inclinadas por el peso de un nubarrón de recuerdos, que me acompañó hasta que tuve frente a mí el inmenso cerro sobre cuya cúspide se recortaba la silueta de granito rosado de la escuela rural número diez.

Llegué antes de las ocho, desensillé en el galponcito de terrón y paja a que había quedado reducido el antiguo edificio de la escuela, largué mi caballo en el piquete, y empujado por la soledad, me metí en el boliche, entonces de don Martín Llano y don Rafael Barreto, en la antigua casa de propiedad de don Victorio Rodríguez, en una de cuyas dependencias estaba la casa de los maestros.

Me gustó la escuela. Me gustó el segundo año cuarteado por el libro "Tierra Nuestra". Me gustó el olor de allí adentro, me gustaron los colores, me gustó... me gustó la maestra alta y flaca, con su túnica flamante, perfumadita, suave... A los pocos días ya estaba perdidamente enamorado de ella. ¡Ah, sí!... ¡Lástima el detallecito de mis nueve y sus veinte años!...

Eramos poquitos, por esa época. "Poquitos, pero bien montados". ¡Qué amistades! Fue por entonces que nos conocimos con el trío Ortiz: Efraín (Pibe), Víctor (Flaco) y Odonil (Gallego). Un trío que valía por un sexteto. Recorriamos juntos media legua de ida y la misma de vuelta. No había lo que no hiciéramos con aquellos desorejados. Cada penca de sacarle el sombrero. Y unos



hartazgos de higo de tuna en el campo de don Melo Fleitas, que hasta hoy parecen mentira. Salíamos duros de higos, por adentro y por afuera; lo que no comíamos, cargábamos. Y nuestros padres afligidos por nuestras inapetencias. Nos separábamos en la mitad del camino; en invierno nos decíamos "hasta luego", pues a las diez de la noche, rodeados de perros, nos volvíamos a encontrar para salir a cazar zorrillos (y lo que cayera), a pie por esos campos escarchados, hasta tocar el fondo de las madrugada.

Compañeros de entonces fueron también Palomín, Alfio y Blanca Villa; Enilda y Maura Toledo; Aurora y Celia Caraballo; Amado Calero, Ramón y Guadalupe Fleitas; Miguel, José, Carmelo y Justo Baladán; Atansildo Xavier; Oclides, Omar y Osnildo, Elena, Elisa y Ema Silva; Juan Iguiní; Ernestina Cuello y Máxima Olivera; Socorro Franco; Lila Francisca y Goyo Núñez; María Juana y Laura Bonilla; Sena Silvera; los Sequeira; Amabilio y Jacinto Olivera...

Uva era maestra suave, lenta, enemiga de gritos y penitencias, muy amiga de las manualidades, el deporte, el canto coral, las grandes fiestas de fin de año.

En tercer año, con el libro "Uruguay", inauguré mi tercera maestra. Fue Dominga Sánchez Castro. Hermana del mayor Alcides, amigo de los que saben serlo. Solita llegó Dominga allí. Fue después, que se llevó una negrita que era una pintura, llamada María Mercedes Fontola, y más tarde, al famoso Gringo Tanco (hijo de don Blas y doña Eustaquia), un gurí "recién salido de la cáscara", que hizo época con sus "agachadas".

La primera consecuencia de la llegada de Dominga, fue el aumento al triple de la asistencia escolar. El rancherío de aquella sierra se vació de gurises por los caminos de la escuela. El espectáculo daba gusto. Fue necesaria una ayudantía que cayó en manos de don Fidel

Vittola Reale, ya baquiano en el pago. Hubo que repartir el salón y allá marchó don Fidel con todo el "mojarrerío" de primer año para atrás del tabique.

Entre la nueva gente que llegó con la nueva maestra, estaban mis hermanos Chicha, Lila y Juan Carlos, y el indio Antonio Marta, por entonces en casa. Como para ir a caballo hubiéramos necesitado una tropilla, mi padre nos acondicionó un carrito de pértigo, que tirábamos a caballo Antonio o yo. Como después tuvimos que levantar a Rafaela González, uno de los dos tuvo que cabalgar aparte.

Con Dominga se aprendía. Y el que no aprendía, lo pasaba de regular para abajo. Era maestra de disciplina, enérgica, de las que hacía pisar livianito. Sabía aconsejar, sabía premiar, sabía castigar hasta hacer saltar las lágrimas. Y a mí me las hizo saltar a raudales, más de una vez. Claro, yo tenía once y doce años. ¡Y cómo se quiere una maestra a esa edad!... Lo cierto es que hubo temas que, después de allí, recién los fui a estudiar en segundo año del Liceo.

Fueron épocas tan memorables, que en la memoria están patentes no sólo cada compañero, sino su caballo, su calzado y su vestido. No se pueden dar todos sus nombres aquí. Apenas algunos apellidos más: Larrosa, Iguini, Pereira, Caraballo, Ramírez, López, Mieres, Caétano, Caldas, Rodríguez, Techera, etc.

Y llegó Santos Pintos. El primer maestro varón que según nuestros recuerdos, quedaba al frente de la escuela. Se produjo el gran desbande de gurisas. Los padres no querían mandar sus hijas a un maestro. Y Pintos, que andaba con muchas ganas de casarse (cada pocos días le pedía a mi viejo el caballo Cabezón, prendía un sulquicito y se largaba al pueblo), no encontró mejor argumento para sacarse aquellas ganas, aún a costa de llevarse a la pobre Nelsa Pereira para aquellas cerrilladas. Y natural-

mente, la llegada de la señora del maestro, puso fin a la situación y volvió a llenarse la escuela de muchachas.

Acostumbrados como estábamos a Dominga, las modalidades de Santos nos chocaron de entrada. Desde la forma de poner las calificaciones, hasta la de mandarnos sentar, nos chocaron. Pero fundamentalmente, nos pareció muy apagadito el hombre. Claro que apenas nuestros abusos lo hicieron encenderse dos o tres veces, cambiamos de opinión. Por lo que a mí respecta, sólo se decir que aquel cambio de opinión me valió para conocer a uno de los hombres más correctos y buenos, más justos y comprensivos de cuantos se empeñaron en que yo fuera mucho más de lo que pude ser. Me despedí de él, allá por agosto de 1933, para partir hacia Treinta y Tres del Olimar, buscando entrar al Liceo el año siguiente.

Cada vez que puedo, doy una vueltita por allá. La última, hace poco más de un mes. Recorrí el camino de punta a punta, partiendo exactamente del lugar de la que fue mi casa paterna, de donde salí aquella mañana de 1929 en mi colorado y de donde salía después, el carrito lleno de gurises. Lo único que hay y no había, son las casas de Juan Ramón Rosas, el Gallego Ortiz y Lalo Machado, y una calle en el campo del primero. Lo único que hubo y no hay, son el rancho largo de don Baldomero Caldas, el cortito de don Severino Gutiérrez, el de don Diego Villa y las casas de don Irineo Gutiérrez, doña María Juana y doña Lala González, y la que ocuparon don Ramón Pereira y don Anselmo Lugo. Lo único que cambió de lugar, fueron el piquete de los caballos y el galponcito de desensillar. Todo lo demás es lo mismo y sigue estando en el mismo lugar. Desde la portera donde nos encontrábamos y nos despedíamos con los Ortiz, hasta el barrizal frente a lo de don Miguel Caraballo; desde las altas piedras a cuyo abrigo solíamos encender los puchos, hasta el árbol de aruera que saludábamos a "contra hora" y deshojábamos a palos.

Al salón de clase sólo le falta un poco (bastante) de pintura y le sobran algunos agujeros en el piso y las puertas, y muchas manchas de humedad en las paredes y el techo. Los bancos y el pupitre, el pizarrón y las bibliotecas, los retratos de Artigas y Varela, son los mismos con treinta y dos años más, y siguen ocupando los mismos lugares de entonces.

La heroína de turno... digo la maestra,⁽¹⁾ es la señorita Gladys Canedo, que cambió las sierras minuanas por aquellas sierras ariscas donde todavía aúlla el viento y planean los cuervos sobre los pedregales desnudos. Sigue ocupando la vieja casa de los maestros, (llena de goterones), a cuyo frente aún luce la higuera de aquellos tiempos.

Al boliche viejo no le falta ni le sobra una piedra. Su propietario actual es don Armando Almeida, y la cañita brasilera que despacha tiene el mismo sabor (¡oh aguas del Yermal Chico!) que la que se vendía allí mismo hace treinta y dos años. Gracias a ello se me alivianó, al salir de allí, el peso de ese mundo de tiempo encima que llevaba al llegar. Entre el ocaso y la distancia, me fueron borrando la silueta del cerro con la escuela al tope. Pero es en vano, aquí está otra vez, resplandeciente, como aquella mañanita otoñal de 1929; igual que recién pintada.

Releo lo escrito y encuentro que esta nota no ha satisfecho el humilde pedido que le hice al comenzarla. Por eso debo terminarla así: gracias Gita, Uva, Dominga y Santos. Gracias, mi querida escuelita rural número diez. Gracias, mundo donde fui niño.

(1) La primera maestra de la escuela rural N° 10, fue doña Francisca Llano de Llano.